

arrastrado por el viento. Pensativa Georgina, miraba cómo el enjambre de pequeños papeles blancos se dispersaba por todas partes, exclamando:

—Mariposas!

Terminó la destrucción del libro, disipándose éste en el azul del cielo.

VI.

Tal fué la segunda pena capital que sufrió San Bartolomé, que ya padeció su primer martirio el año 49 de Jesucristo.

Era ya por la tarde y el calor aumentaba en la hora de la siesta; á Georgina se le cerraban los ojos y Renato se dirigió á su cuna, tomó el saco de paja que le servía de colchon, le arrastró hasta la ventana, se tendió en él y dijo:—Durmamos. Alan apoyó la cabeza en el cuerpo de Renato, Georgina en el de Alan, y los tres malhechores se durmieron.

Penetraba el vientecillo tibio por las ventanas abiertas; los perfumes de las flores silvestres que el viento arrebatava de los barrancos y de las colinas volaban mezclados con el hálito de la tarde; el espacio estaba sereno y pacífico; todo irradiaba, todo estaba tranquilo: el sol hacia á la creación la caricia que se llama luz; por todas partes trasporaba la armonía que se exhala de la benevolencia general de las cosas; había maternidad en el infinito; la creación, que es un prodigio en la plenitud de su desarrollo, completa su enormidad con su bondad; parecía que un sér invisible tomara las misteriosas precauciones que en el temible conflicto de los séres protegen á los débiles contra los fuertes. El paisaje, como adormecido, presentaba el viso magnífico que forman en las praderas y en los ríos las alternativas de sombra y de claridad; subían las espirales de humo hasta las nubes, como los ensueños ascienden hasta las visiones; los pájaros revoloteaban por encima de la Tourgne; las golondrinas miraban por las ventanas, como si quisieran cerciorarse de que los niños dormían tranquilamente. Estos estaban graciosamente agrupados, inmóviles, medio desnudos, en hermosas actitudes. Eran frescos, eran puros; contaban apenas nueve años entre los tres, y les mecían ensueños de paraíso, que se reflejaban en sus bocas por medio de vagas sonrisas. Dios tal vez les hablaba al oído; pertenecían á los séres que en todas las lenguas humanas se llaman los débiles y los benditos;

eran los inocentes dignos de veneración. Todo callaba á su alrededor, como si el suave aliento que se escapaba de sus pechos fuese el asunto principal del universo y el objeto de la creación entera; las hojas se rozaban unas con otras; las yerbas no se estremecían; el vasto mundo contenía al parecer la respiración para no turbar el sueño de los tres durmientes humildes y angélicos: nada hay tan sublime como el inmenso respeto de la naturaleza á tan gran debilidad.

El sol iba á ocultarse y casi tocaba en el extremo del horizonte, cuando de improviso en aquella paz profunda brilló un relámpago, que salió del bosque, y luego se oyó un ruido feroz. Acababan de tirar un cañonazo. Los ecos se apoderaron de aquel ruido y lo convirtieron en estrépito, haciéndole retumbar profundamente de colina en colina.

Georgina se despertó. Alzó un poco la cabeza, levantó el dedo, escuchó un rato y dijo:

—Pum!

Cesó el ruido: todo quedó en silencio otra vez. Georgina reclinó la cabeza sobre Alan y volvió á dormirse.

LIBRO CUARTO

La madre.

I.

La muerta pasa.

Micaela Flechard continuó andando. Pá la ventura todo aquel día: su ocupación cotidiana era andar siempre y sin detenerse, porque el sueño á que se entregaba, producido por el cansancio abrumador, no podía llamarse reposo, como tampoco podía llamarse alimento lo que comía, recogido aquí y allá, como los pájaros que picotean lo que encuentran. Comía y dormía lo absolutamente preciso para no caer muerta en medio de un camino.

Pasó la noche anterior en una granja abandonada, que las guerras civiles proporcionan esa clase de posadas. Halló en un campo desierto cuatro paredes, un montón de paja, un pedazo de techo, y se tendió sobre la paja, protegida por el techo; sintiendo al través de aquella bullir los ratones y viendo al través de éste brillar las estrellas. Durmió allí al-

gunas horas, se despertó á media noche y se puso en camino para andar lo más que pudiese antes de que el sol calentase la atmósfera. Para él que viaja á pié en verano es más clemente la media noche que el medio día.

Seguía como Dios le daba á entender el breve itinerario que le indicó el campesino de Vantorles, dirigiéndose lo posible hacia Poniente. Continuamente se decía á sí misma:—“La Tourgne.” No pronunciaba otros nombres más que ese y el de sus hijos.

Pensaba sin dejar de caminar en las vicisitudes que había atravesado, en lo que había padecido, en los encuentros que tuvo, en las indignidades que con ella habían cometido, en las condiciones que le habían impuesto, ya por un asilo, ya por un pedazo de pan, ya sencillamente porque le enseñasen el camino. La mujer miserable es más desgraciada que el hombre pordiosero, porque es instrumento de placer, pero todo lo sufría la pobre madre con la esperanza de encontrar á sus hijos.

Lo primero que aquel día se le presentó en el camino fué una aldea, cuando apenas despuntaba el alba, y todo estaba aun oscuro: sin embargo, ya en la calle principal del pueblo se veían algunas puertas entreabiertas y algunas cabezas se asomaban á las ventanas. Reinaba cierta agitación entre sus habitantes y el pueblo parecía una colmena en conmoción; esto provenía de un ruido de ruedas y de objetos de hierro que sonaban.

En la plaza de la Iglesia un grupo, asustado, levantaba la vista para contemplar algo que desde lo alto de la colina descendía por el camino que conducía á la aldea. Era un carro de cuatro ruedas tirado por cinco caballos uncidos con cadenas. Sobre el carro se distinguía un amontonamiento de vigas largas, en medio de las que iba un objeto informe; aquel conjunto aparecía cubierto por un gran toldo, semejante á un sudario. Diez hombres á caballo marchaban delante del carro y otros diez detrás; llevaban tricornos en la cabeza, y por encima de los hombros les asomaban puntas de acero que parecían sables desnudos. Aquella comitiva, avanzando lentamente, se recortaba en negro sobre el horizonte; la mañana alboreaba detrás de ella.

La comitiva entró en la aldea y se dirigió á la plaza. Durante el descenso del carro acabó de amanecer y pudo verse

con más claridad la comitiva, que parecía una procesión de sombras, porque no pronunciaba ni una sola palabra.

Los ginetes eran gendarmes y llevaban, en efecto, sables desenvainados. El toldo del carro era negro.

La infeliz madre errante entró en la aldea y se acercó al grupo de los aldeanos en el momento en que entraban en la plaza el carro y los gendarmes. En dicho grupo varias voces cuchicheaban haciéndose preguntas y respondiéndose:

—Qué es eso?

—Es la guillotina que vá de paso.

—De dónde viene?

—De Fougères.

—A dónde vá?

—No lo sé; pero se dice que vá hacia un castillo que hay hacia Parigné.

—A Parigné?

—Que vaya donde quiera, con tal de que no se detenga aquí.

El carro atravesó la plaza y salió de la aldea, que estaba situada en un hondo y entre dos cerros. Al cabo de un cuarto de hora, los aldeanos, que permanecían allí como petrificados, vieron reaparecer la lúgubre procesión por la cima del cerro, que estaba al Occidente. Los vaches imprimían movimiento irregular á las gruesas ruedas de la carreta; las cadenas del atalaje chocaban unas con otras, produciendo un ruido que el viento de la mañana llevaba lejos; los sables brillaban; salía el sol; descendieron á la otra parte del cerro y todo desapareció á la vista de los aldeanos.

En este momento Georgina, en la sala de la biblioteca, se despertaba al lado de sus hermanos, aun dormidos, y sonriendo se miraba los pies.

II.

La muerta habla.

La madre no comprendió, ni trató de adivinar, la significación de la comitiva que vió pasar, absorta como estaba en la visión de sus hijos, perdidos en las tinieblas.

Salió también de la aldea poco después que la comitiva, y por el mismo camino que ésta, marchando detrás á corta distancia de los gendarmes que cubrían la retaguardia. De pronto le vino á la imaginación la palabra “guillotina,” que oyó pronunciar. La salvaje Micaela Flechard no sabía lo que era la guillotina, pero su instinto se lo advirtió y experimentó estremecimiento pavoroso sin

saber por qué; parecióle siniestro caminar detrás de ella, y torciendo á la izquierda abandonó el camino y se internó por entre los árboles que estaban á la entrada de la selva de Fougères.

Después de caminar algún tiempo divisó un campanario y tejados, que eran de una aldea situada en la orilla del bosque, y á ella se dirigió hostigada por el hambre. En dicha aldea los republicanos habían establecido destacamentos militares. Entró y llegó hasta la plaza de la Mairie.

En dicho pueblo también había movimiento y conmoción. Multitud de gente se agolpaba delante de un pórtico de pocos escalones que conducía á la puerta de la Casa Municipal. Sobre el último escalon descollaba un hombre, que soldados escoltaban, y que tenía en la mano un cartel grande y extendido. A su derecha había un tambor y á su izquierda un mozo, que asía un puchero de engrudo, dentro del que sobresalía una brocha.

En el balcón de encima de la puerta estaba el maire de pié, vestido de aldeano, pero con la banda tricolor.

El hombre del cartel era el pregonero.

Llevaba puesta la bandolera de viaje, de la que pendía un pequeño portapliegos, y esto indicaba que iba de pueblo en pueblo á pregonar en todos ellos.

En el momento de acercarse Micaela Flechard, el pregonero acababa de desplegar el cartel y comenzaba su lectura en voz alta:

—“República francesa, una é indivisible.”

El tambor dió un redoble. Hubo una especie de ondulacion entre la gente agolpada á la puerta; algunos se quitaron los gorros, otros se calaron los sombreros. En aquella época y en aquel país se conocía la opinion de cada uno por el modo de llevar cubierta la cabeza; los que usaban sombreros eran realistas y los que usaban gorros republicanos.

Cuando cesó el murmullo y la confusion, el pregonero empezó á leer:

—“En virtud de las instrucciones que se me han comunicado y de los poderes que me ha conferido el Comité de Salvacion pública, y en cumplimiento del decreto de la Convencion Nacional, que declara fuera de la ley á los rebeldes aprehendidos con las armas en la mano y condena á pena capital á los que les dierran asilo ó protegiesen su fuga...”

Un campesino preguntó en voz baja á otro que estaba á su lado:

—¿Qué significa eso de pena capital?

—No lo sé, respondió el preguntado.

—“Quedan declarados fuera de la ley los individuos designados con los nombres y sobrenombres que siguen...”

La multitud redobló la atencion.

—“Lantenac, rebelde...”

—Es el señor, dijo un aldeano.

Entre la multitud se oyó también murmurar:—Es el señor.

—“Lantenac, rebelde, ex-marqués. El Imano, rebelde.”

—Es Gouge-le-Bruant.

—Sí, es Mata-azules.

—“Grand-Francœur, rebelde.”

—Es sacerdote.

—Sí, es el abate de Turmeau.

—“Boisnouveau, rebelde.—Los dos hermanos Pica-en-bosque, rebeldes.—

Houzard, rebelde.—Cesto, rebelde.—

Plaza-limpia, rebelde.—Guinoiseau, rebelde.—

Chatenay, alias Robi, rebelde.—

Hoisnard, rebelde.”

—Es de Riulle, dijo un campesino.

—Sí, es Rama de Oro, contestó otro.

—Atencion, dijo el pregonero, que voy á terminar la lectura de la lista:

—“Viña-hermosa, rebelde.—Dulzaina, rebelde.—Acuchillador, rebelde.—Pimpollo de Amor, rebelde.—Canta-en-invierno, rebelde.—El Gato, rebelde.—

Tobonze, rebelde.”

El pregonero agitó el cartel y el tambor dió otro redoble para anunciar que iba á leerse la parte más importante del bando:

—“Todos los nombrados, en cualquier parte que fuesen habidos, previa la identificacion de las personas, sufrirán inmediatamente la pena de muerte. Todo aquel que les prestase asilo ó facilitase su evasion, será sometido al Consejo de Guerra y condenado á muerte.—Firmado...”

Aquí reinó en la multitud silencio profundo.

—“Firmado: el delegado del Comité de Salvacion pública: CIMOURDAIN.”

—Es un cura, exclamó un campesino.

—Es el antiguo cura de Parigné, dijo otro.

—Turmeau y Cimourdain, repuso un tercero, son un cura blanco y un cura azul.

—Los dos son negros, replicó un aldeano.

El maire, que estaba aun en el balcón, descubriéndose, gritó:

—Viva la República!

Otro redoble del tambor anunció que el pregonero no había terminado aun la lectura. Hizo un signo con la mano y dijo:

—Atencion: voy á leer las últimas líneas del bando del gobierno. Están firmadas por el jefe de la columna expedicionaria de las costas del Norte, el comandante Gauvain.

Leyó lo que sigue:

“Bajo pena de muerte, y en cumplimiento del bando que aquí se inserta, se prohíbe llevar auxilio alguno á los diez y nueve rebeldes ya nombrados, que están en estos momentos cercados y sitiados en la Tourgne.”

—Eh! qué dice? gritó una voz.

Era la voz de Micaela Flechard.

III.

Murmuraciones de los aldeanos.

Micaela Flechard se mezcló en la multitud, sin pensar en escuchar la lectura del pregonero; pero muchas veces sin escuchar se oye, y la palabra Tourgne le hizo levantar la cabeza y exclamar:

—Eh! La Tourgne!

Todos la miraron; al fijarse en sus ojos extraviados y en su vestido desgarrado, hubo voces que murmuraron:—Esta mujer tiene trazas de rebelde.

Otra mujer, que llevaba panes de trigo en una cesta, se le acercó y la dijo en voz baja:—Callad.

Micaela Flechard la contempló con estupor, sin comprender por qué le recomendaba el silencio. La palabra Tourgne pasó como un relámpago por su imaginacion, dejándola en pos de sí en la oscuridad. ¿Acaso no tenía derecho á hacer pesquisas? ¿Por qué los campesinos la miraban de aquel modo?

El tambor dió el último redoble, el mozo del pregonero fijó el cartel y el maire se entró en la Casa Municipal. El pregonero se dirigió á otro pueblo y los grupos se iban dispersando.

Algunos campesinos permanecieron aun contemplando el cartel que acababan de fijar; Micaela se dirigió á ese grupo, que hacía comentarios acerca de los nombres de los que quedaban declarados fuera de la ley. En el grupo había blancos y azules.

Un aldeano decía:

—No están en el cartel todos los realistas. Diez y nueve son un número insignificante. No tienen sitiados á Rion,

ni á Benjamin Moullino, ni á Goupil el de la parroquia de Andouille.

—Ni á Lorieul de Monjean, dijo un campesino.

Otros del pueblo añadieron:

—Ni á Brice-Denys.

—Ni á Francisco Dudonet.

—Ni á Huet de Lanney-Villiers.

—Ni á Gregis.

—Ni á Pilon.

—Ni á Filleul.

—Ni á Menicent.

—Ni á los tres hermanos Logerais.

—Ni al señor Lechandelier de Pierre-ville.

—Imbéciles! exclamó un anciano severo y de cabellos blancos; si se apoderan de Lantenac, haceos la cuenta de que ya se han apoderado de todos.

—Todavía no le han cogido, replicó un jóven.

El anciano añadió:

—Cogido Lantenac se apoderan del alma de la insurreccion. La muerte de Lantenac es la muerte de la Vendée.

—¿Quién es Lantenac? preguntó un aldeano.

—Es un ex-noble, respondió otro, añadiendo: Un hombre de esos que fusilan mujeres.

Micaela Flechard lo oyó y dijo:

—Es verdad.

Los interlocutores se volvieron á mirarla; la madre añadió:

—Es verdad, porque á mí me fusiló.

Hicieron tan singular efecto estas palabras á los que las oían, que miraron á Micaela de reojo y con recelo. Su aspecto era realmente sospechoso; todo la asustaba; todo la estremecía; en su rostro se leía extravío y pavor, que asustaba á los demás. Existe en la desesperacion de la mujer un fondo de debilidad que es terrible; creemos ver en ella un sér suspendido del hilo del destino. Pero los campesinos no racionan estas sutilezas y todo lo toman por su lado material: uno de ellos murmuró:—Podía ser una espía.

—Callad y marchaos de aquí, dijo á Micaela la buena mujer que habló antes.

—No hago mal á nadie; busco á mis hijos, respondió la pobre madre.

La buena mujer miró á los que examinaban curiosamente á Micaela, se puso un dedo en la frente y exclamó:

—Es una inocente.

Después se la llevó aparte y le dió un pan de trigo.

Micaela Flechard, sin darle siquiera

las gracias, mordió el pan con avidez. —Es verdad, como una bestia es inocente, dijeron los aldeanos.

El grupo se dispó entonces, marchándose cada uno por su lado. Cuando Micaela sació su hambre, dijo á la aldeana:

—Ahora que ya he comido, decidme: dónde está la Tourgne?

—Ya le repite su manía, exclamó para sí la buena mujer.

—Necesito ir á la Tourgne; decidme por dónde se vá.

—Para qué? Para que os maten? Además, yo tampoco lo sé. ¿Pero estais verdaderamente loca? Escuchad, pobre mujer; parece que esteis fatigada; ¿quereis descansar un rato en mi casa?

—No puedo descansar.

—Tiene los piés desollados, murmuró la aldeana.

Micaela Flechard respondió:

—Os digo que me han robado mis hijos, una niña y dos niños pequeños. Vengo de la covacha de Tellmarch el Caimand; él puede enteraros de que os digo la verdad, y tambien el hombre que encontré allá abajo. El Caimand me curó. Me dijo que tenia roto en el cuerpo no sé qué. Todo eso me ha sucedido como os lo digo. Conozco tambien al sargento Radoub. Se le puede preguntar y él lo dirá, que él fué el que nos encontró en el bosque. Mis niños son tres: el mayor se llama Renato, el segundo Alan y la niña, que es la más pequeña, Georgina. Mi marido ha muerto: me lo mataron. Era mediero de una granja de Siscoignard. Teneis el aspecto de ser una buena mujer; pues enseñadme el camino de la Tourgne, que yo estoy loca, pero soy madre. He perdido mis hijos y los busco. Esto es todo. No sé precisamente de dónde vengo: he dormido esta noche sobre un monton de paja en una granja, y voy á la Tourgne. No soy una ladrona, y os digo la verdad. Debieran ayudarme á buscar á mis hijos, ya que no soy de este pais. Me fusilaron no sé dónde.

La aldeana, moviendo la cabeza, la contestó:

—Os voy á dar un consejo; en tiempos de revolucion no se deben decir cosas incomprensibles, porque si las decís podrian prenderos.

—Pero por dónde se vá á la Tourgne? gritó la madre. Por el amor de Jesús y de la Santa Virgen os ruego, os suplico que me enseñeis el camino.

La aldeana se encolerizó.

—No lo sé, le dijo, y aunque lo supie-

ra no os lo diria; á sitios peligrosos no se debe ir.

—Sin embargo, yo iré, contestó la madre.

Y volvió á ponerse en camino: la aldeana, viendo cómo se alejaba, murmuró:

—Preciso será que la dé algo para que coma.

Corrió tras ella y le puso en la mano otro pan, diciéndola:

—Este para cenar.

Micaela tomó el pan sin responder y sin volver la cabeza y continuó su camino.

En breve se encontró en la salida de la aldea. A la puerta de las últimas casas vió tres niños haraposos y descalzos. Se acercó á ellos y dijo:—Son un niño y dos niñas.

Observó que miraban al pan que llevaba en la mano y se lo dió.

Los niños tomaron el pan y se quedaron asustados.

Micaela siguió por el bosque adentro.

IV.

Un error.

Aquella mañana, una hora antes de que Micaela Flechard, caminando por otra parte de la poblacion, llegase á la primera aldea en la que se encontró con la aparicion sepulcral del carro escoltado por gendarmes, se escondia entre las matas del camino de Janec, en el paso del Conesnou, una multitud de hombres. La maleza les ocultaba completamente. Eran aldeanos y estaban armados, unos con fusiles y otros con hachas; éstos acababan de preparar en un claro del bosque una pira de leña y de ramaje seco, que solo esperaba la mecha para arder. Los que llevaban fusiles estaban agrupados á un lado y otro del camino, como vigilando y esperando. El que hubiera estado cerca de ellos hubiera visto por entre las ramas, por todas partes, fusiles apuntados y dedos descansando suavemente en los gatillos. Aquellos hombres estaban allí de acecho. Todos los fusiles convergían sobre el camino, que empezaba á blanquear con la claridad del alba.

En la oscuridad varias voces hablaban lo siguiente, muy bajo:

—Estás seguro de eso?

—Así me lo han asegurado.

—Y vá á pasar?

—Dicen que está en nuestro territorio.

—Pues no debe salir de él.

—Es preciso quemarla.

—Tres pueblos nos hemos reunido aquí para eso.

—Sí; pero y la escolta?

—Mataremos á los de la escolta.

—Deben pasar por este camino?

—Así se cree.

—Entonces no debe venir de Vitré.

—Y por qué no?

—Porque dicen que venia de Fougères.

—Que venga de Fougères ó de Vitré, siempre la envia el diablo.

—Eso es verdad.

—Es preciso que vuelva al infierno.

—Sí, sí.

—Se dirige, pues, á Parigné?

—Así parece.

—Pues no llegará.

—No.

—No, no, no.

—Atencion!

Era, en efecto, conveniente callar, porque ya empezaba á clarear el dia.

Bruscamente los hombres emboscados contuvieron la respiracion para oír mejor el ruido de caballos y de ruedas que se acercaba. Miraron al través de las ramas y divisaron confusamente en el camino una carreta cargada y con escolta de caballería.

—Ya viene! dijo el que parecia jefe.

—Sí, contestó uno de los que estaban en acecho, y con escolta.

—Cuántos hombres la componen?

—Doce.

—Y decian que llevaba veinte!...

—Doce ó veinte, que mueran todos.

—Hay que esperar que estén á tiro.

Poco despues entró en el camino, por cerca de donde estaban emboscados aquellos hombres, la carreta con su escolta.

—Viva el rey! gritó el jefe de los aldeanos.

Cien tiros de fusil se oyeron á la vez.

Cuando se dispó el humo que éstos produjeron, la escolta habia desaparecido. Siete ginetes yacian en tierra y los cinco restantes habian huido á escape. Los aldeanos fueron corriendo adonde estaba la carreta.

—Calla! exclamó el jefe; ¡aquí no viene la guillotina; es una escalera!

En efecto, esta era la carga que llevaba la carreta. Los dos caballos habian caído heridos en tierra y el carretero estaba muerto, aunque los aldeanos no tuvieron intencion de matarle.

—De todos modos, dijo el jefe, es sos-

pechosa una escalera con escolta. Iba hácia Parigné. De seguro habia de servir para escalar la Tourgne.

—Quememos, pues, la escalera, gritaron los aldeanos.

Y la quemaron.

Entre tanto la fúnebre carreta que esperaban seguia otro camino y estaba ya dos leguas más lejos de la aldea por donde la vió pasar Micaela Flechard al amanecer.

V.

Vox in deserto.

Micaela Flechard, al separarse de los tres niños á quien dió el pan, empezó á caminar por el bosque á la ventura.

Ya que no encontró quien le enseñara el camino, estaba resuelta á buscarlo ella misma. De vez en cuando se sentaba; volvía á levantarse, andaba un rato y se sentaba otra vez. Experimentaba ese cansancio que se siente primero en los músculos y que pasa luego á los huesos; fatiga de esclavos, que ella era verdaderamente esclava de sus hijos robados: tenia necesidad de encontrarlos; cada minuto que pasaba podia perderlos: el que tiene semejante deber no tiene derecho al descanso, ni debe tomar aliento. Pero estaba tan rendida!... En el agotamiento de sus fuerzas, dar un paso más era un problema: podria darlo? Estaba caminando desde la madrugada sin encontrar ni una aldea ni una alquería. Siguió al principio la senda recta que conducía á la Tourgne, pero despues siguió otra que se alejaba de la fortaleza y acabó por extraviarse. ¿Se acercaba al término de su viaje? ¿Tocaba al fin de su pasion? Se hallaba en la via dolorosa y sentia el abatimiento de llegar á la estacion última. ¿Iba á caer y á espirar en el camino? Llegó un momento en que creyó que le era imposible andar más; el sol declinaba, el bosque estaba oscuro, borrraban las yerbas los senderos, y Micaela ya no supo lo que iba á ser de ella; no tenia ya esperanza más que en el auxilio de Dios. Llamó y no la respondió nadie.

Miró alrededor de sí, vió un claro entre las ramas, se dirigió hácia aquel sitio y de repente se vió fuera del bosque.

Presentóse á su vista un valle estrecho como una zanja, por cuyo centro corria entre las piedras un hilo de agua clara.